

# RUANO

El 15 de diciembre último, coincidiendo con la fecha de la muerte de César González-Ruano —ha hecho diez años— fue convocado en Madrid el premio periodístico "César González-Ruano". Se hará entrega del premio el 22 de febrero, fecha de su nacimiento. El premio ha sido creado por Manuel Halcón, Salvador Jiménez, Lorenzo López Sancho, Antonio Mingote, Rafael de Penagos, Juan Fernández-Layos y Marcial Loncán.

Ni las cosas ni las personas desaparecen, porque siempre queda algo de ellas. Por lo menos, el recuerdo.

Generalmente escribo a máquina; son los tiempos; pero no siempre. Por ejemplo, hoy, para estas líneas —¿un artículo?— he elegido el sistema de la pluma (un poco adulterada, pues, en verdad, dispongo de un bolígrafo). Se suele decir que la pluma es más cálida que la máquina, que la escritura fluye líquida como por un bombeo directo del corazón y la razón, como un manantial sin tropiezos. Ello no es cierto, pero trae nostalgias de tiempos pasados y puede resultar bonito. Hay algo de verdad en la metáfora, eso sí,

que quizá provenga del silencio de la escritura con tinta, en diferencia con el ruidoso tecleo. Se asocia el silencio con la intimidad y de ésta nace la lírica. En cualquier caso, en esta ocasión me lleva a escribir con pluma (es decir, con bolígrafo) un impulso imperioso, casi sin darme cuenta, tal vez por el tema mismo de que se trata.

Los temas, en su periferia, pueden ser cualquier cosa: un garabato, el garabato, los garabatos. Un artículo prende en un motivo indistinto, no importa demasiado cual, y genera, autoalimentándose de la propia palabra, el tema nuclear, que se pierde en un fondo de, a veces, insondables contenidos. Las

huellas, las pistas que va dejando el contexto, ese modo de conducir al que lee, al lector, al que busca, al que se acerca, es la pequeña abertura de sí mismo que deja el autor. Por esa abertura se le puede llegar a conocer. O tal vez no. No importa demasiado. Porque lo extraordinariamente hermoso es atisbar: el conocimiento total, ¿sabe alguien cuándo llega?

El autor que recuerdo, por el que ahora me sabe la boca a olores de adolescencia, es Ruano. Los seres se denominan con nombres academicistas o de uso convencional y con nombres de uso subjetivo. César González-Ruano es lo formal. Ruano, lo subjetivo. El café Teide, de Madrid, es el Teide. El café Colón, de Cuenca, es el Colón. Y los tres han muerto, pero ninguno ha desaparecido.

Ruano encorbaba su figura flaca y escribía despacio sobre la mesa del café. Nunca lo vi en el Teide. Muchas veces en el Colón. En el Colón, en aquel rincón del café grande, marrón, de tantas mesas, bordeado de inmensa cristalera y mullido y largo asiento, Ruano afilaba su rostro, confundido su cuerpo entre la penumbra del ángulo recto de las paredes del fondo, casi desapercibido entre la mesa y el respaldo, y su mano huecaba trazaba líneas en el papel, sin prisas.

No creo que gustase Ruano exclusivamente de la placentera sombra del café para construir sus artículos, pues cuando visité el Teide vi que éste era, aunque pequeño, muy luminoso, en oposición a las características del Colón, de amplia planta y luminoso en parte, pero con zonas de relajante penumbra. Debía gustarle la tranquilidad, pues lo que aparecía como denominador común era la total o

casi total ausencia de personas en el café cuando él estaba.

De algunos hombres, el mensaje que mejor entendemos es su soledad. A mí, Ruano me pareció siempre un hombre solitario. Angustiosa y espléndidamente solitario.

Desde la que fue su casa en Cuenca, al final de la calle de San Pedro, a la izquierda, según se sube, Cuenca se deja desmenuar. Cuenca también es solitaria. Quizá por eso la amó Ruano.

Esa sensación de misterio a punto de revelarse que produce a veces el encuentro intenso con una persona, es uno de los efectos que mi epidermis registra todavía con mayor nitidez de cuando, en diferentes ocasiones, vi al hombre aquél —periodista, escritor, un tipo raro, decían las gentes— paseando despacio, escribiendo despacio, sentado en su casa. El era ya viejo cuando yo muy joven. Y me hubiera gustado entrar en su saber, porque me parecía como una de esas personas que están en el secreto —no de vuelta— de las cosas. Pero tampoco importa que no fuera así. Basta con que yo lo pensase. Si él no hubiera existido, tal vez yo no lo hubiera pensado. A él le debo muchas de mis meditaciones sobre la soledad. A esa figura casi victoriana que se desdibujaba entre los árboles y en el paso de los días, hasta que alguien dijo que Ruano había muerto. Una difuminación total, de la que resta un vaho o una brisa cansada o el aura tan de actualidad ahora.

Desde luego que el río no es hermoso porque lo sea, sino porque alguien lo ve hermoso. El río, simplemente, sería, si nadie lo viese.

Jesús de LAS HERAS

## STOP y EL CASTILLO DE LAS MEDIAS

Vanguardia y tradición,  
respectivamente, del  
comercio conquense.

PARTICIPE EN

**elbanzo**

con

cartas, ideas, preguntas,  
críticas...